

Ilaria Tuti

Flores sobre el infierno

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



1.

Hoy

El cuervo yacía a un lado del sendero, con las plumas de reflejos morados en desorden y el pico abierto de par en par. Una mancha de sangre había impregnado la tierra debajo de su vientre hinchado, pero ya estaba seca, a pesar de la humedad de la tarde.

Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí el animal, un ojo vidrioso mirando al cielo que prometía nieve, el otro perdido quién sabe dónde.

Mathias llevaba un rato observándolo, con las rodillas dobladas. Se había preguntado si las pulgas habrían abandonado el cuerpo en cuanto el corazón dejó de latir. Un día se lo oyó decir a un cazador y ese detalle estuvo atormentándolo largo tiempo. Lo encontraba impresionante y asombroso al mismo tiempo.

Tocó el cuervo con la punta de un dedo. Era un ejemplar viejo. Se percató de ello por el pico, desnudo y blanco. Las patitas estaban rígidas, sus robustas garras aferraban la nada.

Se limpió de inmediato el guante sobre los pantalones. De haberlo sabido su padre, le habría soltado un bofetón. Lo había sorprendido varias veces observando los cadáveres de los pequeños animales que encontraba en el jardín o en la pineda de detrás de la casa y lo había regañado, utilizando una palabra que Mathias no conocía, pero que le hacía pensar en algo malo. Había buscado el significado en el diccionario. No la recordaba, pero tenía algo que ver con la locura.

De mayor, Mathias quería ser veterinario y toda oportunidad era buena para aprender. La observación —le dijo una vez el abuelo— ya es medio aprendizaje. El resto consiste en ensayar una y otra vez.

El niño se levantó, con los ojos clavados en el animal. Habría querido enterrarlo, pero luego se dijo que lo justo era aquello: la naturaleza era carnívora, tenía hambre de esos restos, que no serían desperdiciados.

Las campanas de la catedral, en el pueblo, dieron dos toques y medio. Era tarde, los demás estaban esperándolo en el lugar secreto.

Se encaminó por el sendero helado. La localidad de Traveni se había despertado esa mañana bajo una capa de nieve. Un blanqueamiento ligero, que se deshizo demasiado pronto, pero que era un buen augurio para la temporada de esquí que estaba al caer.

Llegó al promontorio a las afueras del pueblo. El monumento a los caídos de las guerras napoleónicas destacaba entre los bosques más bajos de píceas y pinos. El granadero de bronce escrutaba el horizonte con ceño fruncido, el largo bigote hacia arriba. En la bayoneta se agitaba una bufanda azul, señalando que alguien del grupo ya había trepado hasta allí para colgar la señal.

Mathias aceleró el paso. Esa mañana en la escuela la maestra había explicado el significado de la palabra «líder». Él se había quedado fascinado. Le gustaba cómo sonaba —tenía un no sé qué de definitivo—, pero sobre todo le gustó la idea de ser un guía para los demás.

Un líder protege a sus compañeros, había dicho la maestra, y era exactamente así como se sentía Mathias. Era consciente de que, para sus amigos, él era el jefe del grupo y no solo porque fuera el mayor —diez años, dos meses y una semana, ese día—, sino también porque se podía contar con él.

Por eso mismo, la bufanda que colgaba de la estatua debería haber sido la suya, y no la de Diego. Tendría que haber llegado antes y abrir camino a sus compañeros, aun-

que a esas alturas debían de haberlo recorrido quién sabe cuántas veces. En cambio, se había demorado escudriñando restos de animales al borde de una carretera. Tal vez su padre tuviera razón.

El promontorio del granadero estaba rodeado de paredes rocosas y empinadas que se cernían sobre el lecho de un arroyo. Algunas decenas de metros más abajo, el agua gorgoteaba entre las oscuras frondas.

Mathias comenzó a bajar por las empinadas curvas del sendero, saltando para ganar algo de tiempo y aferrándose a la estacada que delimitaba el camino cuando las piedras resbalaban bajo las suelas de sus zapatillas de deporte. Llegó al lecho de grava sin aliento, con las rodillas temblorosas y el rostro ardiendo.

Siguió el discurrir de la garganta excavada durante milenios. Pasos en voladizo sobre el agua se alternaban con escaleras de hierro y de madera sujetadas a las rocas. Entre las rejillas, el arroyo tenía reflejos de color esmeralda y olía a hielo. La luz y el calor del sol casi nunca llegaban hasta el fondo de ese abismo.

Mathias podía oír el sonido de su propia respiración y el del corazón en su pecho, y de repente se dio cuenta de que estaba solo. En esa época del año, los turistas preferían las pistas de esquí: demasiado frío allí abajo, además del riesgo de caerse.

Aceleró el paso, sin saber por qué.

Por encima de su cabeza, entre las puntiagudas cúspides de los abetos, el escorzo del cielo se veía cruzado por el puente de la antigua línea ferroviaria, ya clausurada, a más de sesenta metros de altura. El abuelo de su abuelo había participado en los trabajos de construcción, un siglo y medio antes.

Mathias, con la nariz hacia arriba, resbaló sobre una piedra cubierta de hielo y golpeó con la rodilla en el suelo. A su exclamación de sorpresa siguió un ruido en el bosque. Un grito amortiguado. Se volvió, con el aliento entrecortado.

El bosque no es un lugar para niños.

Las palabras de su madre comenzaron a bailar en su mente.

Se levantó, sin comprobar el daño en sus vaqueros y en las palmas de las manos, que ardían bajo la lana de los guantes. Cruzó una pasarela que rodeaba una roca que sobresalía. Musgo por un lado, remolinos de agua por el otro. El sendero proseguía a través de una pequeña cueva. Mathias superó esos pocos metros de oscuridad corriendo, diciéndose que era la prisa lo que movía sus piernas y no el miedo. Cuando apareció al otro lado, se detuvo. Un rayo de sol atravesaba el verde e incendiaba de oro la maleza. La cascada que alimentaba el arroyo caía en un salto aterrador, salpicando minúsculas gotas de agua que en verano, cuando la luz lograba llegar hasta el fondo, adquirirían el color del arcoíris.

En la playa de guijarros, sus amigos lo esperaban sentados en círculo. Lucía, Diego y Oliver.

Esta visión bastó para ahuyentar los miedos. Una sonrisa asomó a sus labios. No había nadie detrás de él. Nadie había seguido sus pasos.

Observó la oscuridad de la cueva de nuevo, como para desafiarla. Había ganado él, era realmente un líder. Pero entonces su sonrisa se desvaneció hasta desaparecer.

De repente, tuvo la certeza.

Había alguien escondido en las tinieblas, y estaba mirándolo.